

Lina Ortas, un mar bravío que se sabe autocontrolar

José Castro



monopolizarlo, está casada con un ingeniero de Caminos, tiene seis hijos,

aspira a sentarse en el Senado para ser «la voz de quienes no tienen voz».

Y si lo logra, no cabe duda de que será la imagen exótica de una cámara marcada por las canas y la gravedad de sus integrantes. Aunque ella prefiere ser conocida por sus acciones, si además se convierte «en una nota de carácter lúdico, pues miel sobre hojuelas».

Salta de la silla como si un

resorte oculto la lanzase al fragor de la lucha dialéctica y de las ideas si se le ironiza sobre las obligaciones religiosas de los demócratacristianos y sus relaciones con la Curia y ataja con contundencia a su interlocutor afirmando que el PDP no es un partido confesional y lo razona diciendo que mucha gente todavía no se ha enterado de la realidad porque después de haber vivido en un Estado confesional durante cuarenta años de clericalismo, muchos sectores «aún nos confunden con sacristanes y "meapi-

las", cuando en realidad somos la síntesis del liberalismo y del socialismo. Somos, pues, el centro, que no es ni una banda ni un punto de encuentro sino un talante, un mensaje y una forma de actuar en política».

Defiende que una persona es lo que es, lo que ella misma piensa que es y lo que los demás piensan que es; que el hombre se justifica ante sus acciones siempre, incluso cuando se equivoca, pero que ella tiene la esperanza de que para recordarte los errores, en una democracia, están los electores. Y en eso mismo se basa para rechazar que ame el poder más allá de considerarlo un instrumento al servicio de una sociedad.

Así, «a cara de perro» y con su verdad por delante como único bagaje, Lina Ortas Blanco intenta sentarse en un escaño del Senado durante los cuatro próximos años, si sus votantes así lo consideran.

SIN proponérselo

y sin niquiera saberlo, Lina Ortas se ha convertido, por obra y gracia de quienes elaboran las listas electorales en cada partido o coalición, en la única mujer candidata al Senado por Madrid.

Mucha confianza, no cabe duda, ha sido la que ha puesto en esta mujer del Partido Demócrata Popular (PDP) la Coalición Popular para otorgarle el segundo puesto en una lista deseada por muchos.

Un alto honor que

está dispuesta a defender con uñas y dientes poniendo en práctica su mejor virtud: la perseverancia.

Perseverancia que ella entiende como una lucha continua, minuto a minuto, paso a paso, mercado a mercado, hasta llegar al final de esta larga y fatigosa campaña electoral.

Sincera, un poco cara dura si las circunstancias así lo exigen, Lina no sabe lo que es tener sentido del ridículo. Ama su verdad, es inquieta e inconformista tanto en su vida académica, en la que fue saltando como de flor en flor de Agrónomos a Periodismo para acabar instalándose en Decoración, como en su vida sociopolítica, en la que pasó por casi todas aquellas asociaciones que fomentan la participación de la mujer y la marginación social hasta recalar en la UCD, en donde permaneció hasta el final para «apagar la luz y cerrar la puerta» antes de marcharse al PDP.

Cinco años en política, desarrollando al tiempo un esfuerzo personal paralelo importante para lograr adquirir una preparación de la que ella misma confiesa que carecía, hicieron posible que esta rubia de «bote» que afirma que «lo único que no es sincero en mí es el color de mi pelo, aunque como lo llevo así desde los diecisiete años ya forma parte de mí», lograra terminar Ciencias Políticas y Sociología y se hiciese con la Secretaría Nacional de Acción Social del PDP.

Exigente consigo mismo, es sin embargo transigente con los demás. Parece apacible como un mar en calma, pero en el fondo es como un mar bravío prisionero en su cuerpo menudo por mor y arte de su exagerado autocontrol. Cálida y suave, de ojos grandes y serenos, esta mujer que se autodefine de